

Tribuna

# Conspiraciones y capacidad crítica

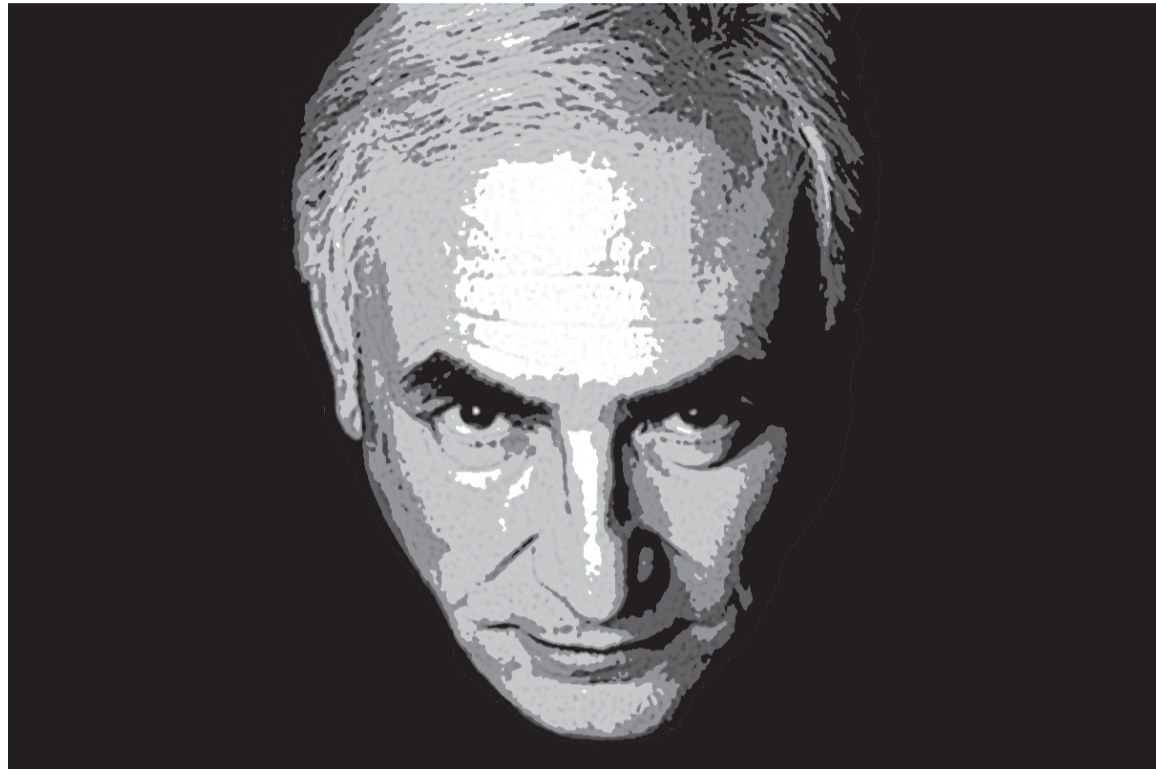


**GUSTAU ALEGRET**

periodista,  
corresponsal en  
EEUU

La noticia de la detención del director gerente del FMI me llegó como muchas de las cosas importantes que pasan en este país: por una alerta electrónica del *The New York Times*. Tuve que leerla dos veces porque me costó creer el motivo por el que Dominique Strauss-Kahn había sido obligado a bajar de un avión, esposado y llevado a una comisaría neoyorquina para ser interrogado. No tardó la especulación en formular teorías de lo más variopintas para explicar su caída en desgracia. Todas ellas apuntaban sin pruebas a una conspiración cuyo fondo rezumaba una alianza antisocialista que alineaba al actual presidente francés, Nicolas Sarkozy, con el tradicional rechazo estadounidense a la izquierda, cualquiera que sea. Recuerdo que al principio llegué a creer en la teoría. «¿Cómo un hombre con la experiencia de Strauss-Kahn puede haber sido tan estúpido, más aún sabiéndose amenazado, como él mismo declaró semanas antes? No puede ser», me justifiqué días después de su detención en una tertulia con amigos.

Hará un mes de la detención de Strauss-Kahn y a medida que pasa el tiempo y avanza la investigación he de reconocer que me avergüenza pensar en que yo también creí en el complot. Releyendo estos días algunos artículos publicados sobre las teorías conspirativas, el único consuelo que he encontrado a mi credulidad ha sido saber que «gente que pien-



sa, educada y escéptica, liberal o conservadora, tiende a creer en cosas que en el mejor de los casos pueden ser consideradas inverosímiles» (*The New York Times*). La teoría conspirativa del caso Strauss-Kahn es una de las últimas pero no la única ni la más impactante –en Estados Unidos abundan las conspiraciones–. Aún hay quien cree que el ataque a Pearl Harbor fue una operación montada por Estados Unidos para entrar en la segunda guerra mundial; que a John F. Kennedy lo mató un complot de la CIA; que detrás los atentados del 11-S estaba George W. Bush y su equipo para apoderarse del petróleo de Irak; que el gobierno estadounidense lleva años ocultando el aterrizaje de ovnis en Nuevo Méxi-

co; que el virus de VIH fue creado como arma genocida contra los negros; que el presidente Barack Obama no nació en Hawái por lo que no puede ostentar su cargo (fíjense si los creyentes conspiradores no descansan que tras hacerse público el certificado oficial de su nacimiento, acusaron

*Los únicos que  
podemos poner  
coto a la  
irracionalidad  
de lo leído somos  
nosotros mismos*

al gobierno de estar implicado en el complot y haber fabricado el documento); o la última, que Osama Bin Laden no está muerto.

El mundo en el que vivimos favorece el éxito de estas teorías y multiplica su aceptación. Tenemos mucha información al alcance de la mano y por infinidad de fuentes. Para crear una teoría conspirativa sólo necesitamos ser creativos, tener capacidad de argumentar, ordenar la secuencia de la trama y encontrar dónde publicarla; y claro, Internet en estos casos no es sólo la plataforma idónea porque carece de filtros de calidad, sino que además nos ofrece herramientas para acelerar la difusión.

Hasta aquí todo parece encajar, si no fuera porque el resorte

que debería neutralizar esta aceptación masiva de lo irracional no funciona: nuestra capacidad de cuestionar lo que leemos o nos cuentan. Nos hemos acostumbrado tanto a dar por buena cualquier historia que hemos adormecido el juicio crítico que como ciudadanos debemos mantener. En la sociedad de la información parece que todo vale si está decentemente presentado, por muy inverosímil que parezca, y como dijo Bernard-Henri Lévy al periodista norteamericano Bill Keller, creer en complots «es como una respuesta instintiva a sucesos extraños» que nos dejan «perplejos y superados por el asombro».

Cuando hoy pienso de nuevo en el caso Strauss-Kahn no creo en ninguna conspiración. Más bien apuesto por una explicación simple: la de que el poderoso economista y político francés presuntamente perdió los límites del poder temporal que le fueron conferidos y se obnubiló comportándose estúpidamente. Nada más; nada menos; y el juez ya dictará sentencia.

En éste, como en muchos otros casos de teorías conspirativas, debemos ser más críticos y menos crédulos. Aun cuando la información nos llegue por fuentes fiables, los únicos que podemos poner coto a la irracionalidad de lo leído o consumido somos nosotros mismos, dejando de lado nuestra perplejidad y apelando, en cambio, a nuestra capacidad crítica. Me atrevo a asegurar que así el número de complots disminuirá considerablemente y que los que sobrevivan se desvanecerán con la más simple de las explicaciones.

LÍNEA ABIERTA

## De pepinos y kebab



**ANGEL CAMACHO**

Abogado y  
periodista

Menos mal que a la Sra. Merkel, nuestra buena amiga, no le ha dado por denunciar a las tiendas que venden kebab en nuestro país y se ha limitado a los pepinos, aunque rectifique –que de sabios es intentar no equivocarse– y busque en su casa lo que tira a los de fuera. ¿Por qué hablo de los kebabs?

Pues porque si han proliferado los restaurantes de comida china, no menos lo han hecho los de esas columnas de carne, o lo

que sea, que cuelgan en muchos establecimientos de origen magrebí o paquistaní. Y las increíbles redes de comunicación social han dado la voz de alarma.

La carne de kebab, según se nos dice, está formada por vísceras de ternera (sic), pollo o cordero, es decir, de restos de intestinos, corazón, pulmón, ojos, o sea, los que se suelen denominar ‘subproductos’. Los entendidos nos dicen que a veces, con suerte, cae algún trozo de falda (músculos del abdomen de donde saca la carne McDonalds). A las vísceras indicadas se les añade grasa de ternera, sal y algún aditivo conservante para que el conjunto esté

en ese rodillo o columna colgante sin que se pudra. También se les añade especias. Todo ello se prensa y se pincha en una barra de acero para ser cocinado.

Pero parece ser que hay un enorme nivel de sal y grasas saturadas en esa ‘carne’. Los responsables de vigilar la calidad alimentaria nos señalan que el kebab contiene una media de 1.000 calorías, que contiene toda la cantidad de sal recomendada para una persona en un día, así como el 150% de las grasas saturadas diarias que se deben ingerir y el 50% de las calorías que, por ejemplo, una mujer debería tomar cada día. Para ese estudio se han tomado

muestras de 494 kebabs en 76 municipios españoles a fin de comprobar su nivel nutricional y resulta que el nivel de sal, calorías y grasas saturadas es, sencillamente, escandaloso. Tampoco hay diferencias entre los kebabs pequeños y los grandes. Además, en las zonas más húmedas –como las costeras– el kebab necesita un nivel de conservantes aún mayor para que tenga buen aspecto de cara al público y llega así a las 1.990 calorías... sin incluir otros alimentos que les puedan acompañar. El referido estudio indica que el 35% de estos kebabs examinados

contienen carne distinta de la que dicen vender, sobre todo de cerdo, que, como sabe el lector, está prohibido a los musulmanes, que deben consumir sólo carne ‘Halal’, según su tradición.

Así que, mientras nuestros alimentos tradicionales, como el pepino, el jamón, las frutas, etc., gozan de buena salud, pese a lo que digan nuestros queridos socios germanos, se nos cuelean kebabs extraños, cuando menos sometidos a sospecha.

Esperamos un mayor control e inspección de estas ventas, para que tampoco paguen justos por pecadores.

*Parece ser que hay un enorme nivel de sal y grasas saturadas en la ‘carne’ de los kebabs*